



Finalista del VI Certamen  
de literatura “Miguel Artigas”

## Enrique Urquiza López

Escritor natural de Villar del Salz, de quien ya hemos publicado algún que otro relato en anteriores letras de la Serie de Literatura “Miguel Artigas”. Le encanta escribir relatos ambientados en su pueblo, o en cualquier otro similar, como muchas de las localidades que podemos encontrar en nuestro valle del Jiloca.



# Los jamones viajeros

Enrique Urquiza López

Germán, que estaba roturando un yermo en las Suertes Viejas, tuvo que volverse al pueblo a media tarde porque uno de los machos, el romo, se negó a seguir labrando. Cuando salió de casa nada anormal le notó, sin embargo ahora parecía derrotado. El animal trastabillaba y de no haber estado sujeto a su compañero por el yugo, seguro que habría doblado las patas.

Le costó una eternidad volver al pueblo. Apenas entraron los machos en la cuadra, el romo se tumbó de costado con las extremidades estiradas. El pobre ya no podía más.

Germán rezaba por que sólo se tratara de alguna mala hierba que hubiera comido. La panza, entre movimientos espasmódicos, se le iba hinchando por momentos.

Catalina, su mujer, le instó a que llamara enseguida al veterinario, pero Germán dijo de esperar un poco. No había que precipitarse, que a lo mejor una buena moñigada lo dejaba limpio y sano.

El veterinario costaba muchas perras, pero, si no había más remedio, a la mañana le mandaría aviso para que viniera a echarle un vistazo.

No hizo falta esperar a la mañana. Durante la noche el macho se murió.

Catalina, enjugándose las lágrimas con el delantal, le echaba en cara que siempre llegara tarde a todo. A lo mejor el veterinario podía haber hecho algo.

Germán, ante el hecho consumado de la muerte del romo, insistía en que nada ya podía cambiarse y que nadie podía garantizarle que el veterinario hubiera salvado la vida del animal y que, a lo peor, se habría encontrado sin romo y con una factura que pagar.

Enganchó un tiro al cuello del romo y lo llevó arrastrando hasta El Morrón. Allí darían cuenta de él los buitres.

¿Y qué iban a hacer ahora?

Germán y Catalina coincidían en que era preciso comprar otra caballería. La recolección estaba a dos meses vista y con un único animal no podían hacerle frente. Alguien les podía prestar un macho en un momento puntual, pero cuando la recolección llegaba, llegaba para todos y todos tenían las mismas necesidades al mismo tiempo.

La solución pasaba por comprar un macho, sólo que ellos no tenían dinero.

Catalina, que era la menor de tres hermanas, le dijo a Germán.

—Puedo hablar con mi hermana Herminia a ver si nos puede echar una mano. Con Candelas no, que ella de perras anda igual o peor que nosotros.

A Germán no le hacía mucha gracia recurrir a Herminia, pero era la solución más barata. Ésta, económicamente, siempre se había considerado un peldaño por encima de sus hermanas. Se las daba de buena administradora y ahorradora. Ahora le echaría en cara a Catalina no haberse hecho un colchoncico de perras con el fin de estar preparada para contrariedades como ésta en vez de despilfarrar en escopetas y bicicletas, porque seguro que saldrían a relucir, como habían salido mil veces, la escopeta y la bicicleta.

—Pues habla con ella si quieres. De todas maneras si no nos deja ella el dinero se lo tendremos que pedir a otro.

Catalina habló con su hermana y se encontró con lo que no esperaba.

Herminia no le hizo ningún reproche, ni sacó a relucir la escopeta, o la bicicleta. Simplemente se echó a llorar. A Catalina le conmovía la pesadumbre que su desgracia y necesidad provocaban en su hermana, pues parecía que la necesitada fuera Herminia en vez de ella. Luego comprendió que

esa pesadumbre se debía a que aquella situación la obligaba a sincerarse. Herminia, entre hipidos, acabó por confesarle que sus aires de ahorradora y buena administradora eran fuegos artificiales. La realidad es que vivían al día y que, sintiéndolo mucho, no podía ayudarla.

Catalina no es que se alegrara de ver a su hermana, económicamente, a su mismo nivel, pero sí se sintió un tanto liberada del complejo de derrochadora que siempre había tenido respecto a ella. Cientos de veces le había dicho a su marido que no se explicaba cómo Herminia podía ahorrar dinero si a la vista estaba lo que ingresaba y lo que gastaba, pero, claro, nunca pensó que su hermana viviera en una fantasía.

—¿Y no será que no te quiere dejar las perras? —le dijo Germán.

A Catalina no le molestó el comentario de su marido porque en algún momento de la entrevista también ella había pensado lo mismo.

—¡Qué más quisiera!. La pobre no tiene más que para ir tirando, como nosotros.

Germán se quedó pensativo. No veía más que una salida.

—Pues tendré que ir a ver al tío Melitón, a ver si él puede hacer algo.

Catalina tomó la frase de su marido como una reflexión, más que como una decisión, así que le metió prisa.

—Pues si tienes que ir que sea mañana mismo, que te conozco y sé que empiezas a dejar pasar los días y luego, con las prisas, acabas comprando tarde y mal.

Al día siguiente fue a casa del tío Melitón. Éste ya estaba al corriente de lo que le había pasado a su romo, que estas cosas en los pueblos enseguida se saben.

Germán apenas si tuvo que explicarle al tío Melitón lo que le pasaba, porque éste, como si le estuviera leyendo en la frente, iba traduciendo a palabras sus pensamientos.

El patio, enlosado de rodano, era fresco y sombrío. Ambos se sentaron frente a frente en sendas sillas de anea y el tío Melitón adoptó inmediatamente una actitud paternalista y protectora.

—Bien, bien, bien. Así que se te ha muerto el romo, Germán. Los siento, maño, sé que es una desgracia, pero también te digo que no te preocupes más de la cuenta, que por eso no se acaba el mundo. Que se te muera un macho siempre es una enorme contrariedad, pero más aún que se te muera precisamente ahora, con la cosecha ahí, como quien dice, esperando; así que supongo que para ti es inevitable tener que comprar otro macho deprisa y corriendo.

Germán asentía con la cabeza y agradecía al tío Melitón que le ayudara en aquel trance, para él humillante y violento.

—Pues Vd. lo ha dicho, tío Melitón. Es algo que no admite espera y bueno... me imagino que ya sabe Vd. a qué he venido.

El tío Melitón se levantó y le puso ceremoniosamente la mano en el hombro para restarle importancia al hecho de que él estuviera allí por los motivos que estaba.

—Naturalmente que lo sé, Germán, y te digo, desde ahora mismo, que no tienes que preocuparte de nada, que aquí estoy yo para lo que te haga falta.

El tío Melitón se fue a la cocina, sacó un porrón de vino tinto y le ofreció a Germán.

—Este vinico me lo trajeron de Burbáguena. Años hacía que no me traían un vino tan bueno. Anda, echa un trago y cambia esa cara, que no hay problema que no tenga solución. Dime qué piensas hacer y cuánto te hace falta.

Germán respiró hondo al ver que estaba a punto de dar una patada a su problema y diferirlo unos meses.

—Pues pensaba bajar a Monreal, o a algún pueblo del río, y hablar con algún tratante a ver qué me puede ofrecer.

El tío Melitón le hizo un gesto negativo y añadió.

—Nada de tratantes que no conozcas, Germán, que te sacarán las perras y te venderán deshechos de machos, aunque, eso sí, enjaezados con cabezadas majas, con mucho brillo, mucho tachón dorado y mucha borla. Olvídate de todo eso. Yo te diré lo que vas a hacer.

Primero uno y luego el otro, volvieron a empinar el porrón.

—Mira, vas a subir a Alustante y allí preguntas por el tío Morreras. Atento a lo que te digo ahora. No le digas que vas de mi parte, sino que te mando yo. Parece lo mismo, pero no lo es. Él sabe cual es la diferencia. Él te mostrará unos cuantos machos entre los que poder elegir. Como no sabes lo que te va a costar, te voy a dar doscientos duros y luego tú, después de pagar el macho, me devuelves lo que quieras, y si no quieres devolverme nada, porque tienes algún agujerico que tapar, pues lo dejamos así.

—Doscientos duros son muchos duros. No me querría gastar tanto, pero está bien.

El tío Melitón subió las escaleras hacia el piso de arriba y, tras unos minutos, bajó con un cuaderno. Allí mismo extendió el pagaré de 1000 pesetas que Germán tuvo que firmar. Inmediatamente que lo hizo, el tío Melitón sacó de su bolsillo 10 billetes de 100 pesetas y se los entregó de uno en uno.

—Uno, dos... nueve y diez. En total 1000 pesetas. Ya has visto que al pagaré le he puesto fecha de final de año. Entonces ya hablaremos.

Germán se levantó dispuesto a marcharse, pero se acordó que había algo sobre lo que no habían hablado.

—Tío Melitón, que no hemos hablado de los intereses.

—Intereses, intereses... Pues lo normal. Tú no te preocupes por eso. Nadie ha tenido nunca problemas conmigo por los intereses. Siempre lo normal.

Se estrecharon la mano y el tío Melitón le recordó, cuando ya estaba en el quicio de la puerta.

—Morreras, no te olvides del nombre. El tío Morreras. Para acordarte del nombre, acuérdate de las pupas que salen en los morros y no se te olvidará. Y no le digas que vas de mi parte, sino que te mando yo.

Germán tenía dudas sobre el nombre e insistió.

—¿Y a él le puedo llamar “tío Morreras”? A ver si va a ser un mote y se me enfada.

—Que no se enfada, Germán. Le puedes llamar así. Es un mote heredado de su padre y no atiende a otro nombre más que a ése.

Aclarado este punto Germán se fue para su casa con las 1000 pesetas en el bolsillo y cierta tranquilidad. Ahora se trataba de apretarse el cinturón y con la cosecha y algún otro arrimo podría hacer frente a la deuda contraída.

A los dos días, de buena mañana, se desplazó en bicicleta hasta Alustante y el tal tío Morreras quiso confirmar la recomendación.

—Entonces aclárame. ¿Te manda el tío Melitón o vienes de su parte?

A Germán le chocó la pregunta, aunque, después de lo que le dijera el tío Melitón, no le sorprendió.

—Me manda, me manda, tío Morreras.

Germán ignoraba que el matiz significaba que el macho debía ser de garantías, pues era una inversión del tío Melitón, aparte de que éste habría de tener su correspondiente comisión en la venta.

El tío Morreras le vendió otro romo casi de la misma alzada y volumen que el que se le había muerto. Éste le hizo ver que las parejas de machos cuanto más compensadas mejor, y al que tenía en la cuadra le iba a proporcionar un compañero de trabajo muy parecido al que estaba acostumbrado. Seguro que eso favorecería la compenetración entre ambos animales.

Se bajó de Alustante satisfecho con el ramo del macho en una mano y la bicicleta en la otra. Cuando metió el romo en la cuadra, el otro macho no mostró ninguna reacción especial que pudiera intuir rechazo, cosa que satisfizo a Germán. Los machos hicieron sus primeros trabajos en conjunto sin la menor complicación.

Todo parecía ir sobre ruedas hasta que llegó la víspera de San Juan.

Aquel maldito día 23 de junio sería recordado durante muchos años como un día aciago para el pueblo. Una tronada despiadada destrozó la mitad de las cosechas. De las Marañas hacia abajo no quedó espiga en pie.

A Germán no le consolaba el hecho de que la mayoría de agricultores hubieran tenido la misma desgracia que él. En parecida medida todos se habían visto igualmente perjudicados, pero, claro, todos no tenían que pagar a fin de año un pagaré de mil pesetas... más los intereses.

Duro iba a ser el año.

Catalina, consecuente con la precaria situación económica de su casa, emprendió un plan de austeridad que Germán aceptó sin rechistar. A partir de ese día, encima de su mesa siempre había para comer pan, patatas, coles, legumbres... y más patatas y más legumbres. Lo justo de carne, apenas leche y sólo algún huevo los días de fiesta. Catalina vendía los quesos, vendía los huevos, vendía los conejos, vendía los pollos... Cinco cabras tenía y cinco choticos le dieron. Pues los cinco choticos acabaron en casa del carnicero. A pesar de su plan de austeridad era poco lo que Catalina conseguía ahorrar. Conforme pasaban los días crecía su preocupación. Miraba el bote del dinero, pensaba en las mil pesetas de la deuda, más los intereses, y el mundo se le venía encima. Ya veríamos cómo se tomaba el tío Melitón el hecho de que no pudieran liquidarle el pagaré.

El fin de año estaba a la vuelta de la esquina y, respecto al dinero, la suerte estaba echada.

El día de los inocentes, 28 de diciembre, Germán recibió en su casa la visita del tío Melitón. Era de noche. El tío Melitón acostumbraba a hacer este tipo de visitas siempre de noche para no llamar demasiado la atención del vecindario. La gente lo sabía y, cuando le veían de noche por una calle que no estuviera dentro de las de su recorrido habitual, pensaban quién sería esta vez el pobre desgraciado al que el tío Melitón iba a chuparle la sangre.

—Pues nada, Germán, que vengo a lo que tú ya sabes.

El tío Melitón ya barruntaba lo que le esperaba, pues no era el primero al que visitaba aquellos días y la penuria y la falta de recursos era la tónica general entre sus deudores. Esto no era una contrariedad para él, sino todo lo contrario. Se frotaba las manos, porque aquella coyuntura era muy propicia para su negocio de prestamista. Cuando alguien no podía hacer frente a un pagaré se le podía estrujar casi a voluntad con cobros o adelantos en especies de cuya tasación, siempre injusta y miserable, se ocupaba él mismo y en la cual entraban elementos depreciativos intangibles que el tío Melitón magnificaba sobremanera, como el riesgo, la contrariedad, la confianza... y él, en parte, se había hecho rico a costa de eso.

Germán le hizo pasar a la cocina y, al igual que el tío Melitón hiciera cuando fue a pedirle el dinero, le ofreció el porrón. Afortunadamente, cuando Catalina puso en marcha su plan de austeridad, él ya tenía en la bodega una cuba con ciento cincuenta litros de vino.

El tío Melitón le hizo el honor al vino dando un buen trago y chasqueando la lengua. Tras secarse la comisura de los labios con la mano y dejar el porrón encima de la mesa, abordó directamente la cuestión.

—Pues eso, Germán, que, como quedamos en la primavera, aquí estoy con el pagaré para liquidarlo. Lo sacó del bolsillo y dijo mostrándoselo.

—Como ya sabes son doscientos duros, así que me das doscientos sesenta y estaremos en paz. Cuando hablaba de intereses y de préstamos, el tío Melitón siempre convertía las pesetas en duros para que así las cantidades sonaran más pequeñas y pareciera que cobraba menos intereses. Germán tragaba saliva con dificultad. El tío Melitón estaba esperando una respuesta, pero por la cara de Germán intuía cuál iba a ser.

—Verá Vd., tío Melitón, el caso es que ya sabe lo duro que ha sido este año y que, como supongo le habrá pasado a Vd., hemos recolectado la mitad del trigo que todos pensábamos recolectar. A menos trigo, menos dinero, y como en el pueblo no hay recursos...

El tío Melitón le salió al camino.

—Bien dices, Germán, que este año ha sido muy cabrón para todos y ha dejado a mucha gente con el agua al cuello, pero tú no te preocupes que mientras yo esté al tanto de tus problemas tú no te ahogará. Respira, Germán, respira. ¿Qué me vas a decir, que no me puedes pagar? Pues tranquilo, le buscamos una solución. No nos vamos a enfadar por ello.

Germán callaba y asentía con la cabeza. Como siempre, el tío Melitón traducía a palabras sus pensamientos. Él lo agradecía porque le resultaba incómoda aquella situación

El tío Melitón prosiguió.

—Tú sabes que yo siempre estoy dispuesto a ayudar a quien sea, pero date cuenta que lo mío es un negocio al que hay que sacar rendimiento, que yo también tengo que vivir. ¿Lo entiendes o no, Germán?

—Que sí, que sí, tío Melitón. Lo que pasa es que unos vamos más justos que otros y una cosa es lo que se quiere y otra lo que se puede.

—Gran verdad es esa, Germán. Bien has hablado.

El tío Melitón se dio un respiro y encendió un cigarro. Aquel era un buen momento para hacer un primer intento.

—Si tú quieres, este asunto se puede acabar de inmediato y con él tu preocupación. ¿De qué manera? Vamos a ser claros y a llamar a las cosas por su nombre. Es un hecho que tú no me puedes pagar con dinero y siempre se ha dicho que a grandes males, grandes remedios. ¿O no? Ya veo que estás de acuerdo. ¿Que por qué digo esto? Pues porque tú tienes un corrico en la Cañadilla...

Germán no le dejó continuar.

—Ni hablar, tío Melitón, de la tierra ni hablar. Ni hablar. Tiene que haber otra solución. Esa tierra ha sido de mi familia desde siempre y no voy a deshacerme de ella. Mi padre se removería en su tumba si yo me deshiciera de cualquiera de las piezas que me dejó en herencia.

—Pues vaya tontería, dicho sea con todo el respeto para tu padre, para ti y para tu familia. Siempre se han vendido y comprado tierras, siempre. Incluso tu propio padre lo hizo. ¿O no le compró la pieza de las Martinas al tío Cañuto cuando se le quemó la hacina en la era hace una veintena de años? No me vengas ahora con sentimentalismos. Entiendo que le tengas apego al huerto del río, que eso es algo más que un trozo de tierra. Un huerto se cava con las propias manos, se mimas, se cuida. Yo nunca te pediría tu huerto, pero el corrico de la Cañadilla no es lo mismo. Si no es más que un cachico de tierra que está allá donde Cristo perdió el gorro...

Germán le cortó.

—Y que precisamente linda con una pieza que tiene Vd. allí. Y, además, de corrico nada, que es una pieza bien hermosa que tiene casi tres yubadas y que vale más del triple del dinero que me prestó. Lo siento, tío Melitón, pero no voy a transigir en lo de la tierra.

El tío Melitón se sintió contrariado por la reacción de Germán, pero no era ésta una situación que no hubiera lidiado anteriormente. Siempre tenía nuevos recursos.

—Pues nada, Germán, lo que tú digas. No te voy a obligar. Si le tienes tanto aprecio a esa pieza no seré yo quien te dé el disgusto de quitártela. Porque, a todo esto, te recuerdo que yo tengo un pagaré firmado por ti, que vence dentro de tres días, y que podría exigirte su inmediata liquidación. Pero olvídate de lo que te acabo de decir, que parece que te haya querido intimidar y ponernos a cada uno en nuestro sitio y no es esa la cuestión.

Era un aviso a navegantes que Germán captó de inmediato. No debía abusar y sí estar abierto a llegar a un acuerdo, porque el tío Melitón no se iba a ir de su casa sin haberle hincado el diente.

El tío Melitón hizo un ademán ostentoso, como si se le acabara de ocurrir en aquel instante la idea de su vida.

—Se me acaba de ocurrir otra cosa que a lo mejor te parece mejor. Vamos a dejar el préstamo como está y además nos vamos a olvidar de mi interés por el corrico de la Cañadilla. No te voy a pedir dinero tampoco. ¿Qué son las perras al fin y al cabo? Pues eso, perras.

Al oír esto, Germán frunció el ceño, pensó en Catalina y se puso lívido. ¿A qué venía aquel casi desprecio a las perras del tío Melitón? Su mujer era hembra de buen ver, esbelta y de carnes prietas, apetecible para cualquier hombre. ¿Estaba insinuando la posibilidad de saldar el pagaré entre sábanas? Por el pueblo, de siempre se había comentado que el tío Melitón visitaba alguna que otra alcoba a cuenta de sus préstamos.

Por fortuna éste fue un fugaz mal pensamiento que interrumpió el tío Melitón.

—Me vas a dar el cochínico que tienes en la corte y te alargo el préstamo otro año para que puedas vivir más desahogado.

A Germán ya le había parecido todo demasiado bonito. Le suplicó al tío Melitón.

—No me haga eso, tío Melitón. No me quite el cochino que me hunde en la miseria. Vd. sabe igual que yo lo importante que es el cochino para una casa. Confíe en mí. Yo le liquidaré el año que viene el pagaré y todos los intereses, pero no me quite el cochino.

El tío Melitón ya sabía que para conseguir la luna hay que pedir las estrellas.

—Está bien, Germán. Bien sabe Dios que esto no se lo hago a cualquiera, que lo hago porque eres tú, que esto de prestar dinero es un negocio como otro cualquiera y no me puedo desprestigiar siendo demasiado blando con la gente, porque si no todo el mundo acabaría haciéndose el remolón a la hora de pagar. Vamos a hacer lo que tú has dicho. Yo te dejo tu cochinito para que hagas la matanza, tus choricicos, tus morcillitas...

A Germán le volvió el alma al cuerpo. El tío Melitón no había terminado.

—Pero, para que yo te prorrogue el pagaré, me tienes que regalar dos jamones, que yo también tengo que notar que el dinero que te he prestado me da algún rédito, aunque sólo sean dos miserables jamones.

Como siempre, siguiendo su táctica habitual, desprestigiaba e infravaloraba aquello que se suponía iba a recibir como contraprestación a su préstamo.

Germán se sintió acorralado y no echaba en saco roto lo que el tío Melitón le había dicho hacía un instante, respecto a que él tenía un pagaré casi vencido y podía exigirle su liquidación.

Le había dejado caer, como quien no dice nada, que con aquel papel le podía exigir judicialmente el cumplimiento de lo pactado y, por consiguiente, la inmediata liquidación del pagaré. Germán no tenía claro que la Ley fuera así, pues nunca se había visto en pleitos ni en abogados, pero tampoco quería comprobarlo, pues la vida era muy larga y no era la primera vez que había tenido que

recurrir al tío Melitón, ni seguramente sería la última. Además estaba su honor y su palabra. Si uno se compromete a algo, con firma o sin ella, eso es sagrado.

Germán acabó aceptando. Le daría los dos jamones sólo por prorrogar el pagaré otro año, sin que los intereses ya devengados y los futuros sufrieran merma alguna por ello.

El día de la matanza no fue el típico día de alegría y jolgorio, compartido con la familia, que solía ser. Era aquella una matanza agridulce. Allí estaban las hermanas de Catalina ayudando, como era tradicional, ignorantes de todo, pero tanto él como su mujer tenían un hormiguero en el estómago. Catalina no se mostraba bromista como acostumbraba en los matacerdos, pintando con sangre del cochino la cara de sus hermanas. Sólo pensaba que el cerdo que estaban descuartizando no acabaría entero en su granero

Germán había intentado renegociar lo de los jamones —ya ves qué falta podían hacerle al tío Melitón un par de jamones— y se le había ofrecido para ayudarle a hacer la leña, labrar alguna pieza, limpiar las cuadras, pero el tío Melitón se había mostrado intransigente.

Al día siguiente de la matanza, ya de noche, cuando su casa había vuelto a la normalidad, bajó del granero los dos jamones, los puso en el carretillo, los cubrió con un saco y, siguiendo las instrucciones del tío Melitón, se los acercó a su casa. Aquel recorrido fue tan amargo como un vía crucis. El tío Melitón le estaba esperando y le hizo entrar por la puerta del corral. Hubo de coger un jamón en cada mano y acompañarle hasta el granero. Le dijo dónde debía colgarlos.

La casa del tío Melitón era grande y daba a dos calles. El desnivel entre ambas era de casi tres metros, de manera que por la fachada principal se veían tres alturas, mientras que por la parte de atrás sólo había dos y un metro escaso de lo que era la planta baja, aprovechado para hacer ventanas que dieran luz y aire a las cuadras.

Fue pasando el tiempo.

Cada vez que Germán pasaba por la parte trasera de la casa del tío Melitón —le pillaba de camino cuando iba y venía del huerto— se quedaba mirando una de las ventanas del granero a través de la cual se veían colgados varios jamones.

Se contaban siete, pero podían ser más. Dos de aquellos pernils deberían estar colgados en su granero y no allí.

Aquellos jamones acabaron siendo una obsesión para él. Parecía como si el tío Melitón quisiera hacer ostentación de ellos. Ojalá alguien se atreviera y le saqueara el granero.

Aquel pensamiento cayó en su cerebro como una semilla en tierra fértil y germinó sin apenas darse cuenta. Un buen día se sorprendió a sí mismo pensando en la manera de robarle los jamones al tío Melitón. Si tuviera valor, él mismo podría hacerlo.

Cuando se acostaba, en la oscuridad de la habitación, pensaba qué podría hacer para recuperar sus jamones. Le daba vueltas y más vueltas valorando todas las posibilidades que se le ocurrían, cómo lo podía hacer, cuál sería el mejor momento, qué podía ocurrir si le sorprendían, qué salida había para cada situación... Se imaginaba mil y una combinaciones en las que la ausencia de los dueños de la casa propiciaba el momento oportuno de ejecutar el plan, pero en todas ellas era sorprendido. Esto quería decir que le faltaba confianza.

Aquello era un absurdo, una tontería, pero dejar de pensar en ello era como intentar secar un manantial con una esponja. La idea siempre volvía a aflorar.

Para sacar los jamones del granero sólo había dos posibilidades: por la puerta o por la ventana.

Por la ventana era hartamente complicado, por no decir imposible. Era tan estrecha que un hombre cabía, pero reptando, ya que la pared tenía un espesor de más de medio metro. Entrar aún se podría,

porque se iba de cara, pero salir... habría que salir de culo para poner los pies en la escalera. Habría que hacerlo ayudándose de las manos, pero si así se hacía... ¿cómo se arrastrarían los jamones?. ¿Además, para qué estaba perdiendo el tiempo pensando en aquella opción si ni siquiera tenía él una escalera suficientemente larga como para llegar a la ventana?

Nada de escaleras. Si se quería ejecutar el plan, debía accederse a la casa por la puerta. Había que esperar el momento oportuno y tener determinación y sangre fría. El problema no sería encontrar la puerta abierta, pues en el pueblo, durante el día, casi todos las dejaban así, sino que no hubiera nadie dentro y, sobre todo, que la calle también estuviera despejada de gente.

Dando por hecho que el tío Melitón siempre estaba fuera, la cuestión era saber cuándo se iba Matilde de casa. Mentalmente hizo una relación de estas ocasiones: cuando iba a la tienda, cuando iba al lavadero, cuando tenía que arreglar los animales, cuando iba a la plaza porque hubiera venido algún vendedor ambulante, cuando iba a misa...

¿Pero cómo iba Germán a controlar todas estas circunstancias? Él, como cada hijo de vecino, tenía sus obligaciones y no podía estar de guardia permanente para aprovechar un momento favorable. En el fondo sabía que él nunca llevaría a cabo este plan, pero disfrutaba pensando que lo intentaba.

Un buen día Catalina vino de misa diciendo que el cura había dicho que en no sé qué fecha el Obispo iba a venir al pueblo. También dijo algo de las confirmaciones. El mosén, después del anuncio, había hecho un llamamiento a todos los feligreses para dejar el pueblo como una patena y para colaborar en la ornamentación de las calles por las que pasaría la procesión que presidiría el Obispo.

A Germán, que no era muy amigo de curas e iglesias, le tenía sin cuidado que viniera el Obispo.

Una de tantas noches en la que su mente le robaba tiempo al sueño maquinando nuevas maneras de recuperar sus jamones, cayó el la cuenta de que, tácticamente, la venida del Obispo le venía ni caída del cielo.

Ése podría ser un día propicio para atacar los jamones.

Germán hacía una valoración de la situación del pueblo ese día.

El tío Melitón, como concejal sempiterno del Ayuntamiento, tendría que estar obligatoriamente en el primer banco de la iglesia durante todo el tiempo que durara la ceremonia y Matilde, con toda seguridad, ocupando su reclinatorio aterciopelado en la capilla de La Dolorosa.

Todo el pueblo estaría en la iglesia, pues el cura, en todas las homilías, venía predicando a los feligreses que corrieran la voz de que, el día que viniera el señor Obispo, no quería ni una ausencia, ni en la recepción ni en la ceremonia religiosa.

Decía, amenazando veladamente, que no necesitaba pasar lista para saber quién estaba en la iglesia y quién no. Al parecer había un grupo de beatas, las que acudían a las novenas, que se encargaban de este control. Entre ellas se repartían los nombres de las personas que no eran muy proclives a visitar la iglesia y cada una llevaba el control de unas cuantas. Luego iban con el cuento al cura para que éste tomara medidas.

La inminente llegada del Obispo había provocado un gran revuelo en el pueblo. Los niños estaban haciendo en la escuela banderitas de colores con papel que pegaban con masilla diluida de harina y los adultos adornaban balcones y calles con sábanas blancas y arcos de ramas de chopo y guirnaldas de papel.

Como estaba previsto, el señor Obispo llegó un domingo a las nueve de la mañana. Todo el pueblo había salido a recibirle y las calles por las que tenía que pasar la comitiva estaban llenas de gente.

Los niños habían sido colocados estratégicamente a ambos lados de las calles agitando sus banderitas de colores. La comitiva se detuvo en el Ayuntamiento y, después de unas palabras de bienvenida del alcalde y del cura y un breve saludo y bendición del Obispo, la gente se dispersó. Quedaban aún dos horas largas para la misa en la iglesia.

Cuando llegó la hora de la ceremonia religiosa, era notorio que los feligreses habían tomado en consideración las veladas amenazas del cura para los ausentes, porque allí no faltaba ni zarrapita.

Las calles del pueblo estaban desiertas.

Germán estaba vigilando disimuladamente la casa del tío Melitón.

Cuando Matilde salió de casa cerró la puerta con llave.

Mala suerte.

Ya estaba a punto de abandonar su posición de vigilancia y tirar para la iglesia, pensando que la oportunidad favorable se había ido al garete, cuando oyó que Matilde gritaba desde la puerta de casa.

—¡Melitón, que ya han dado el segundo toque! ¡Venga, que vamos a llegar con la misa empezada!

Germán dio un respingo. Las cosas se enderezaban. Pensaba que el tío Melitón estaría ya en la iglesia con el resto del Ayuntamiento ocupando su puesto, pero estaba claro que aún no había salido de casa, y si Matilde había cerrado la puerta principal de la casa quería decir que el tío Melitón saldría por el corral.

Abrochándose los botones de la bragueta, salió el tío Melitón del corral.

—¡Ya voy, mujer! Ni mear tranquilo le dejan a uno.

Y es que el tío Melitón tenía problemas con la próstata y necesitaba orinar muy a menudo, de manera que había apurado para hacerlo en el último momento en previsión de no poder aguantar todo el tiempo que durara la ceremonia en la iglesia.

Acuciado por la prisa, dio un portazo a la puerta del corral y, apresurando el paso, dio alcance a Matilde que, con el gesto contrariado, le estaba esperando en la esquina, abanico y misal en mano y velo negro en la cabeza. Había dado un portazo, pero sin cerrar con llave. La puerta estaba cerrada sólo con el picaporte, y éste se accionaba desde dentro y fuera del corral.

La iglesia estaba abarrotada y a duras penas cabían en ella la totalidad de los feligreses. Habían puesto sillas plegables en todas las capillas, en el coro y hasta en un lado del pasillo central.

Germán fue uno de los últimos en entrar.

No notó la mirada especial de ninguna de las beatas, pero seguro que estaba en la lista de alguna. Le convenía estar cuanto más cerca de la salida mejor, pero no tanto como para que nadie se diera cuenta de que salía, si decidía salir.

Buen día era aquel para lo de los jamones.

Todavía no sabía si tendría arrestos para llevar a cabo el plan, pero iba a hacer las cosas como si así fuera. Si finalmente no tenía redaños, le habría servido para convencerse de que nunca lo conseguiría. Esto haría que aquella obsesión pasara a ser historia.

Calculaba que la ceremonia, entre misa, sermón, confirmaciones y besar el anillo al Obispo, se iría por encima de las dos horas.

A los diez minutos de empezada, Germán comenzó a dar síntomas externos de no encontrarse bien. Se llevó la mano a la barriga y la contrajo exageradamente, acompañado todo por un gesto de dolor. Repitió la acción un par de veces más.

Mientras pasaba por delante de Genaro le dijo por lo bajo.

—Es que no aguanto más. Estoy que me voy por las patas abajo. No sé si llegaré a casa.

Con estas palabras justificaría la entrada al corral del tío Melitón, si por un casual alguien le veía.

Aunque la casa del tío Melitón no le pillaba de camino a la suya, podría decir que había decidido dar un corto paseo para ver si le remitían los retortijones, pero que ante la urgencia metabólica no había tenido más remedio que entrar en el primer corral que había encontrado abierto.

Cuando Germán salió de la iglesia, por la calle no se veía ni un alma. Por no haber no había ni perros, que el Alcalde, los días precedentes, para complacer al cura, había dado bandos instando al vecindario a dejar vacías las calles de carros, aladros, escombros, montones de ciemo... etc. y dejar los perros dentro de las casas mientras durara la visita del Obispo.

Germán no se encontraba mal de ánimo, así que, si algo había de hacerse, que fuera cuanto antes. Mientras daba la vuelta a la manzana, tenía la sensación de que los tejados de las casas se inclinaban a su paso para observarle y que las propias casas cobraban vida donde las ventanas eran ojos escrutadores que le seguían con la mirada. Al pasar por la puerta del corral del tío Melitón se paró. Repitiendo la escena de la iglesia, se llevó las manos a la barriga, hizo una inclinación y un gesto de dolor y entró en el corral.

Una vez dentro se trataba de hacer las cosas rápidamente. Con gran resolución fue directo a la puerta que comunicaba la casa con el corral. Afortunadamente no estaba cerrada con llave. Entró e hizo el mismo recorrido que el día que fue a llevar los jamones. En el granero había colgada una docena de ellos.

Descolgó los dos más próximos a la puerta y con ellos en la mano bajó las escaleras precipitadamente.

Salió al corral por la puerta que había entrado y dejó los jamones apoyados en la pared.

Allí cerca, debajo del porche de las cuadras, vio unos cuantos sacos vacíos. Cogió uno y metió dentro los jamones. Abrió la puerta del corral para dar un vistazo y, una vez comprobado que nadie había a la vista, salió con el saco al hombro camino de su casa.

No tardó ni dos minutos en hacer el recorrido de los escasos doscientos metros que separaban ambas casas.

No se entretuvo ni un segundo. Dejó el saco en la recocina y salió pitando hacia la iglesia.

Volvió al sitio que antes ocupara. Cuando estuvo al lado de Genaro, con un hondo suspiro le dio a entender que, por fortuna, los dolores habían desaparecido.

Como suponía, la misa se hizo eterna y más de un vejete tuvo que salir antes de hora por los mismos motivos que el tío Melitón había apurado tanto la salida de su casa.

Ahora que todo había terminado, tenía un sentimiento contradictorio; uno de satisfacción, por haber sido capaz de planear con detalle y haber llevado a cabo la recuperación de algo que consideraba suyo, y otro de culpabilidad, porque para recuperarlo se había tenido que comportar como un vulgar ladrón, y él no era un ladrón.

Cuando, terminada la ceremonia, volvió a casa, Germán cogió de la mano a su mujer y la llevó a la recocina. Le señaló el saco y, sonriendo como un niño pícaro, le dijo que mirara dentro. En el fondo no estaba seguro de que Catalina aprobara lo que había hecho, pero lo hecho... hecho estaba.

Ella abrió, miró, y cerró rápidamente el saco como si los jamones pudieran ponerse a gritar, o cobrar vida y salir corriendo. No hizo falta que Germán le diera detalles.

—¿Pero qué has hecho? Eres un loco, Germán.

—No me vengas tú ahora con esas, que bien que echaste pestes contra el tío Melitón cuando matamos el cerdo y acuérdate también de las maldiciones que les echaste a los jamones, cuando se los llevé, para que se echaran a perder.

—Pero eso no quita para que lo que has hecho haya sido una locura.

Locura, sí, pero ahí acabaron sus recriminaciones. Catalina, en el fondo, pensaba como Germán, que lo justo era que aquellos jamones estuvieran en su granero y no en el del tío Melitón.

Germán los colgó en el rincón más sombrío del granero. No contento con eso, puso una piedra detrás de la hoja de madera de la ventana para que ésta sólo pudiera abrirse a medias y que la oscuridad en el rincón fuera mayor.

Su granero no daba a la calle, sino a otros tejados, por lo que no temía que fueran a verlos desde fuera. Sin embargo no se fiaba de Herminia, hermana de Catalina, que tenía bien merecida fama de oledora y de meter las narices más allá de donde le competía. Siempre lo controlaba todo. No le extrañaría que Herminia supiera cuántas ristras de chorizos, morcillas y longanizas tenía colgadas en las varas de su granero. Ya le había preguntado a Catalina en una ocasión por qué sólo tenía dos jamones colgados. Le tuvo que decir que los había vendido, aunque a Herminia le sonó raro que alguien comprara jamones sin curar. No quería pensar qué diría si se daba cuenta que ahora había colgados cuatro en vez de dos.

Germán esperaba que en cualquier momento el tío Melitón descubriría la desaparición de los jamones. Él no estaba excesivamente nervioso, pues cuando a alguien le ocurre algo así, de no pillar al ladrón in fraganti, sólo le queda el derecho al pataleo.

Ya habían pasado varios días y nada se decía en el pueblo.

Germán le comentó este hecho a su mujer.

—¿No te parece raro que no se comente nada de los jamones? Catalina, las mujeres en la fuente y en el lavadero lo cascáis todo. ¿Seguro que no has oído nada? A ver si no me lo quieres decir para que no me preocupe.

—Pues, ahora que lo dices, hace un par de días, llegando al lavadero, sí me pareció que comentaban algo de jamones, pero luego ya no volvieron a salir en la conversación.

—¿Tú ves? Igual cambiaron de conversación porque te vieron llegar.

Germán quedó pensativo. ¿Y si alguien le hubiera visto?

¿A ver si la gente lo comentaba a sus espaldas y a ellos no les llegaban los comentarios por aquello de que las sospechas no se suelen contar a los sospechosos, pues enseguida se convierten en acusaciones, y nadie quiere tener problemas con nadie?

A Germán aún le tocaba pasar la prueba de fuego de encontrarse cara a cara con el tío Melitón. En cuanto lo tuviera delante sabría si él le consideraba sospechoso o no.

Ese momento llegó a los pocos días en el camino de las Lagunas. Germán iba con el carro cuando vio que alguien venía andando en dirección contraria por el mismo camino.

En los andares le reconoció. No había duda de que se trataba del tío Melitón.

Conforme se iban acercando le iba entrando un nerviosismo que le costaba dominar. ¿Qué le diría? Lo mejor era pasar sin detener el carro, como quien tiene mucha prisa. Le saludaría con un escueto “hasta luego, tío Melitón”. ¿Pero si hacía eso, cómo le miraría a los ojos para saber si le notaba algo raro?

Cuando faltaban unos veinte metros para el encuentro, fue el tío Melitón quien se puso en medio del camino con clara intención de parar las caballerías.

A Germán, que iba sentado en la vara izquierda del carro, le temblaban las piernas. Algo iba a pasar, si no ¿a santo de qué el tío Melitón le obligaba a parar?

El tío Melitón cogió al macho por el ramal.

—¿Qué pasa Germán? Si no paro el carro yo, diría que no tenías intención de parar.

Germán saltó al suelo desde la vara y le contestó.

—¿Cómo puede pensar una cosa así, tío Melitón? Ciertamente llevo prisa, que tengo que bajar esta carreta a la Tejería y no quiero llegar tarde a comer, pero no tanta como para no parar un momento.

Germán, mientras hablaba, miraba a los ojos al tío Melitón, pero en ellos no advertía ningún indicio de resquemor hacia él. El tío Melitón era el mismo tío Melitón de siempre.

—¿Cómo te va con el macho nuevo? ¿Ya se ha acoplado al compañero?

¿A qué venía aquella pregunta, si el macho ya hacía casi un año que lo tenía? Estaba claro. Era un preámbulo para hablar del pagaré.

El tío Melitón no se anduvo por las ramas.

—Buena pinta tienen los campos ¿no te parece? A ver si todos tenemos más suerte este año con las cosechas y me puedes liquidar el pagaré, aunque tú tendrás más ganas que yo, pues siempre se ha dicho que el que cobra descansa, pero el que paga más.

—Como un templo es esa verdad, tío Melitón. Las ganas que tengo de quitarme este asunto de encima no las sé más que yo.

—Pues a ver si es verdad. ¿Sabes qué pasa? Que las dificultades cuando vienen, vienen para todos, hasta para mí, te lo digo para que te sirva un poco de consuelo. Aquí donde me ves, que parece que me sobra todo y que las cosas me van siempre rodadas, pues no es así, no señor. Yo también tengo mis rachas malas, que si yo te contara... pero no te quiero contar mis problemas, que tú ya tendrás bastante con los tuyos. Sólo te lo digo para que te des cuenta que todos tenemos problemas, no sólo tú. Hay gente mala, Germán. Hay mucha gente mala por ahí que se aprovecha de la bondad de uno y que te paga los favores con puñaladas en la espalda. Cada vez hay que tener más cuidado con quién haces tratos y a quién abres las puertas de tu casa.

Germán pensó que en aquel momento le iba a contar lo de los jamones, pero el tío Melitón hablaba y hablaba, dando rodeos, haciéndose la víctima, transmitiendo una sensación de no saber muy bien a dónde querer llegar, como si fuera su contertulio el que lo tuviera que adivinar. Igual es que le daba reparo con-

tarle directamente lo de los jamones. Para Germán aquellos rodeos tenían un mensaje claro. Se lo quería contar, pero al tratarse de jamones igual pensaba que él se alegraría por los motivos que los dos sabían. Todas las palabras que decía el tío Melitón le sonaban igual: jamones, jamones, jamones...

Casi sin darse cuenta se encontró hablando con el tío Melitón de los jamones.

—Eso que me cuenta es por lo de los jamones ¿verdad? Ya me he enterado que le han desaparecido dos del granero.

Viendo que el tío Melitón no reaccionaba, Germán se embolsó.

—Hay que joderse cómo es la gente. No me diga Vd. que por muy apurado que esté alguien la solución a sus problemas la va a encontrar robando un par de jamones. Desde luego que es vergonzoso, como Vd. decía, que haya personas que se aprovechen de la buena gente que nos dejamos abiertas de par en par las puertas de las casas. Al final vamos a tener que hacer lo que hacen en la capital, que, según dicen, cierran la puerta de casa siempre que se van, aunque sólo sea a comprar el pan. Que no señor, que si alguien necesita algo tiene que tener redaños para hacer frente a las dificultades y si necesita dinero y no lo tiene pues pide un préstamo, como yo se lo he pedido a Vd., y en paz cristi. Cualquiera cosa antes que a uno le puedan colorear la cara y colgarle el sambenito de ladrón. Y encima aún tiene Vd. que dar gracias, que menos mal que sólo fueron dos jamones. Figúrese Vd. si arrambla con todos, o si le da por registrar la casa. En fin, tío Melitón, no le entretengo más, que a lo mejor tiene prisa igual que yo, pero Vd. no se preocupe que en esta vida todo se acaba sabiendo y el tiempo acaba poniendo a cada cual en su sitio. Voy a ver si echo esta carretada de ciemo.

Germán continuó su viaje. Ahora estaba ágil como un gato, como si de repente hubiera perdido veinte kilos por el sólo hecho de haberle contado todo aquello al tío Melitón. Parecía como si después de aquella conversación hubiera saldado definitivamente la cuenta que tenía pendiente con su concien-

cia, no porque pensara que lo que había hecho estuviera mal, pues el cambio de granero de los jamones le parecía justo, sino porque lo había hecho como si fuera un ladrón y él no era un ladrón.

El tío Melitón, después de aquel monólogo de Germán, se quedó perplejo viéndole alejarse como si tal cosa.

Su instinto le había aconsejado dejar hablar a aquel hombre. Siempre es bueno dejar hablar a las personas, sobre todo cuando éstas tienen ganas de hablar.

Conforme caminaba hacia el pueblo iba procesando todo lo que Germán le había contado. De cuando en cuando se paraba un momento para concentrarse y pensar mejor. No pudo llegar a una única conclusión porque había varias posibilidades.

La primera, la que él consideraba como más probable, era que alguien se hubiera reído de aquel ingenuo tomándole el pelo. Si Germán le había contado a alguien que el día de la matanza le había llevado a su casa los jamones, regalados, éste le podía haber consolado diciéndole que al tío Melitón se los habían robado y el muy cándido se lo había creído.

La segunda era que realmente le hubieran robado los dos jamones, como decía Germán, pero que Matilde, su mujer, estuviera al tanto del hecho y que no le hubiera dicho nada para no disgustarlo, o todavía no había encontrado el momento oportuno para decírselo. Claro, Matilde podía pensar que él le echaría las culpas por dejarse siempre la puerta de casa abierta favoreciendo que el ladrón hubiera entrado y salido sin dificultad.

La tercera es que el robo existiera, pero que su mujer no supiera nada.

Aún se le ocurrían otras posibilidades, pero lo mejor era dejarse de conjeturas y comprobarlo, así que, apenas llegó a casa, se precipitó escaleras arriba hacia el granero. Al ver las varas de donde pendían los jamones, estampó con rabia el garrote contra el suelo.

—¡Cagüen...!

El juramento se oyó en todo el barrio. Efectivamente, le faltaban dos jamones. Tenía dos varas para colgar y en cada una deberían haber seis. Ahora en la primera sólo quedaban cuatro.

Bajó a la cocina donde estaba su mujer y le preguntó de malas maneras.

—¿Matilde, qué sabes tú de lo de los jamones?

—¿De qué jamones me estás hablando? —le contestó.

—¡Joder, de qué jamones!. ¿De qué jamones va a ser? De los que tenemos en el granero.

A Matilde no le gustaba el tono que su Melitón empleaba.

—¿Y qué tengo que saber? ¿Qué le ha cagado la mosca a alguno?.

Estaba claro que su mujer era ignorante del robo. Contestó reculando en sus modales.

—Nada, mujer, nada. Déjalo.

Muchas vueltas le dio el tío Melitón al asunto para, estrechando más y más sus conjeturas, esta vez sí, llegar a una conclusión. Él era el tío Melitón y era imposible que, si éste era un rumor que estaba en la calle, nadie le hubiera dicho nada, siendo como era la persona mejor informada del pueblo. Esto le llevaba al convencimiento de que Germán era el origen de su propio rumor.

Ahora que estaba seguro de que Germán era el autor del robo, tenía que intentar sacar una buena tajada a la situación.

Se sentó en el poyo de la puerta y esperó a verle pasar con el carro. Le daría tiempo para comer y luego le haría una visita.

Germán llegó al corral, desenganchó el carro y cuando entró en casa Catalina ya había puesto la comida en la mesa.

Mientras comían, le puso al corriente de la conversación que había tenido con el tío Melitón y se mostraba satisfecho de haber descargado, por fin, toda aquella tensión que llevaba encima desde el día de la visita del Obispo.

Catalina, que también había echado sus horas desde aquel día pensando en el mismo asunto, le dijo. —La has cagado, Germán, la has cagado. ¿Pero cómo se puede ser tan tonto? ¿Quién te manda a ti hacer ningún comentario sobre los jamones?

Le hizo ver la posibilidad de que el tío Melitón no se hubiera percatado aún de su desaparición, pues no creía que una de las rutinas del tío Melitón, o de Matilde, y más como tenían las piernas, fuera subir al granero a hacer el inventario de los jamones. Si eso era así, acababa de inculparse. Germán se quedó lívido. Le contó a su mujer que no había podido evitar sacar los jamones a relucir, que había sido algo superior a él.

—El tío Melitón no ha dicho nada cuando hemos hablado en el camino. ¿Tú crees que de ser ignorante de todo no se habría mostrado sorprendido, o me habría preguntado quién me lo había contado? Además está lo que tú oíste en el lavadero ¿o no te acuerdas?

Catalina le contestó sin poder contener su irritación.

—No me digas que yo lo oí, que lo único que te dije es que me pareció oír algo de jamones, pero nada más, sólo que me pareció oírlo.

No le dio tiempo a enfadarse ni a discutir con su mujer.

Dos golpes en la puerta y una voz, que no llegó a ser grito, les hizo callar.

Alguien estaba llamando.

Cuando Germán vio en la puerta la figura del tío Melitón, supo que Catalina tenía razón. La había cagado.

Salió al patio y sin poder disimular su evidente nerviosismo le invitó a entrar.

—Pase, pase, tío Melitón. ¿Y cómo Vd. por aquí?.

—Pues nada Germán, que le he estado dando vueltas a lo que me has contado esta mañana en el camino de las Lagunas y venía a hablar contigo.

—¿Y tiene que ser ahora, tío Melitón? Es que quiero llevar otra carretada de ciemo a la Tejería y mi idea es cargar y salir pitando.

El tío Melitón hizo como si no le hubiera oído.

—Tiene que ser ahora mismo, Germán. ¿Nos podemos sentar un rato? Lo que vengo a tratar contigo requiere que los dos estemos relajados y tranquilos.

El tío Melitón parecía muy sosegado y esto, más que tranquilizar, desconcertaba a Germán. Pasaron a la cocina donde Catalina se había puesto a fregar los cacharros para encubrir su nerviosismo.

Saludó también a ésta y le dijo que lo que tenían que hablar era de suma importancia, así que prefería que ella se sentara también y que estuviera en la conversación.

El tío Melitón era un maestro en el arte de la intimidación pacífica, así que empezó hablando en voz baja y de manera muy pausada.

—Supongo que ya sabes a qué he venido, Germán.

Éste se encogió de hombros.

—Pues la verdad es que no, pero bueno, Vd. dirá.

Al tío Melitón no le engañaba aquella aparente tranquilidad.

—A lo mejor, Germán, te extraña que venga así, tan calmado y tan solo, cuando tal vez lo más prudente y aconsejable para mí hubiera sido venir a tu casa acompañado de la Guardia Civil, que, dicho sea de paso, al venir he visto que estaba en la plaza.

Para Germán, mentar a la Guardia Civil era como mentar al diablo.

—¿Pero, qué me está diciendo, tío Melitón? ¿Cómo puede decir esas cosas? ¿Desde cuándo necesita Vd. la protección de la Guardia Civil para ir a cualquier parte, y menos a mi casa?

—No es precisamente para protegerme para lo que debería haber pedido su compañía. Mira, Germán, vamos a ir al grano. Los dos vamos a ahorrarnos un mal trago si tratamos este asunto sin tapujos y de una manera práctica. El asunto tiene su miga, pero esto no nos ha de hacer perder los papeles. Ya ves tú que yo soy el que debería estar colérico y exaltado y, sin embargo, estoy tranquilo, así que os pido que vosotros también lo estéis. Tú, Catalina, aunque me encare con Germán, puedes intervenir cuando quieras.

Catalina ni siquiera contestó.

—Pues voy al grano. Supongo, Germán, que ya te habrás dado cuenta, y si no te lo digo ahora, que yo no sabía nada de los jamones hasta que tú me lo has contado esta mañana. Cuando he llegado a casa le he preguntado a mi mujer si había notado algo raro en los jamones y ¿sabes qué me ha contestado? Que si le había cagado la mosca a alguno, eso es lo que me ha contestado. Es decir, que mi mujer ahora mismo tampoco sabe que nos han desaparecido dos jamones. ¿Qué te parece? Eso me lleva a una única y clara conclusión y es que, si mi mujer no lo sabe, si yo no lo sabía y tú sí lo sabías, el culpable de su desaparición, te lo digo como lo pienso, no puede ser otro más que tú, Germán.

Germán reaccionó levantándose bruscamente como si su honor acabara de ser pisoteado, sin embargo su tono de voz distaba mucho de corresponderse con el de un acusado que fuera inocente.

—Pronto llega Vd. a conclusiones, tío Melitón. Yo tendré que decir algo al respecto ¿o no?

Catalina, que tantas vueltas le había dado al asunto, y que tanto había temido que llegara aquel momento, tenía preparada otra posibilidad. Se apresuró a contestar al tío Melitón antes que Germán acabara liando el asunto más aún.

—Déjame a mí, Germán, y siéntate.

Y dirigiéndose al visitante.

—Mire Vd., tío Melitón, es difícil de digerir lo que acaba de decirnos aquí, en nuestra propia casa. Por ser Vd. quien es me contengo, pero era para echarle a Vd. a patadas de aquí, aunque eso es algo que no haré por ser Vd. quien es y porque me doy cuenta que no ha venido con malos modos y todo lo que ha dicho, aunque equivocado, tiene su lógica. No me enfado porque sé que Vd. se ha precipitado en su conclusión y, cuando oiga lo que le voy a decir, va a rectificar enseguida. Su razonamiento le ha llevado directamente a considerar a Germán culpable, pero hay otras muchas posibilidades que Vd. no ha tenido en cuenta. Lo que le voy a contar es lo que realmente pasó. No se lo iba a contar, que la persona que se lo contó a Germán le hizo jurar que no se lo diría a nadie pero, en vista de lo que Vd. piensa, no tengo más remedio, aunque nombres no le diré. Lo que no puedo consentir es que, sin culpa ninguna, considere a Germán como un ladrón. ¿Sabe realmente lo que pasó? ¿No? Pues ni más ni menos que lo que le voy a contar.

El tío Melitón la miró un tanto sorprendido y le hizo un gesto para que continuara.

—Hay alguien en el pueblo, al que todos conocemos, que, efectivamente, le ha robado a Vd. dos jamones, eso lo sabe medio pueblo, y no se crea que lo hizo por la noche, mientras Vd. dormía, no señor, que lo hizo, según se dice, a plena luz del día. Cuando salía de su casa con los jamones a cuestas, tuvo la mala suerte de ser sorprendido por otro vecino del pueblo. Éste, del que, como comprenderá, no le voy a decir el nombre, le pidió al ladrón la mitad del botín, es decir, un jamón, para

tener la boca cerrada. En principio, y en caliente, el ladrón aceptó, pero pasó el tiempo y, una vez enfriada la cosa, de lo acordado nada de nada. Esto hizo que, en represalia, éste se lo contara a alguien para que filtrara la noticia y ese alguien a otro, y ese otro a otro, y así hasta llegar a Germán, que es por eso que lo sabemos, no se vaya Vd. a creer que es porque Germán los haya cogido.

El tío Melitón escuchó con suma atención lo que decía Catalina hasta que ésta hubo concluido.

—¿Ya has acabado, maña? Pues te contesto ya mismo. Según me acabas de decir ésta es sólo una posibilidad, de otras varias que tú me podrías exponer, que yo no he contemplado, y que, sin embargo a ti, mente superdotada, se te han ocurrido todas ellas ahora mismo, así, sobre la marcha. ¿Pero con quién crees que estás hablando? Catalina, eso no hay quien se lo crea. Se nota que has estado pensando en el asunto oliéndote que llegaría este momento. Tiene sentido todo lo que has dicho, un pequeño rompecabezas donde las piezas encajan unas con otras, pero no me creo una palabra. ¿Y dices que lo sabe medio pueblo? Demuéstramelo. Anda, Germán, sal a la calle ahora mismo y ven con alguien que sepa algo de este asunto. Entonces, a lo mejor, tomo en consideración todo lo que Catalina acaba de decir. Germán, sin hacer ademán de levantarse, le dijo que él no tenía porqué ir a buscar a nadie.

—Ya veo que no te mueves. Además, sabes que ahora mismo puedo salir a la calle y decir a alguien que vigile tu casa mientras llamo a la Guardia Civil. ¿Es eso lo que quieres? No ofendas mi inteligencia, Germán. Yo soy el tío Melitón, Germán, y al tío Melitón nadie le toma por tonto. Yo he venido a tu casa a averiguar la verdad. Yo soy perro viejo, me he visto en muchos pleitos y sé perfectamente que todo lo que estamos hablando es agua de borraja si no encontramos el cuerpo del delito, es decir, los jamones. Puedes negarte a que yo suba a tu granero a echar un vistazo a los que tienes colgados, pero no podrás negarte a que lo haga la Guardia Civil. Y otra cosa te voy a decir, Germán, que a lo mejor has pensado que jamones hay muchos y que todos son más o menos igua-

les, o parecidos. Pues bien, te diré, para tu disgusto, que hasta en eso has tenido mala suerte. No te creas que se me pasó por alto los cuernos que dibujaste en la piel de los jamones que me trajiste. Lo que tú no sabes es que yo también tengo la costumbre de hacerles una marca a los míos, de manera que has tenido la desgracia de robar unos jamones que, fatalmente para ti, están marcados. El tío Melitón hizo una pausa. Allí nadie reaccionaba. Él sabía que, de no estar los jamones en su granero, Germán le habría hecho subir inmediatamente a inspeccionarlo, sin embargo no fue así. No había duda. Allí, pues, estaba el cuerpo del delito.

Germán se derrumbó. Bajó la cabeza y no contestó.

El tío Melitón continuó, siempre con aquel medio tono imperativo que parecía que no mandaba, pero que no admitía discusión o réplica. Era el momento de apretar las tuercas.

—Germán, ahora vas a bajar los jamones, los vas a meter en el carretillo, los vas a llevar a mi casa y los vas a colgar en el mismo sitio de donde los descolgaste. O mejor, esta noche, que me has dicho que querías ir a llevar otra carretada de ciemo a la Tejería. Yo a nadie voy a decir nada, ni siquiera a mi mujer, por lo que tu reputación está a buen recaudo. Respecto al pagaré también tenemos que hablar. Aquí lo traigo. No temas que todo lo vamos a solucionar de forma amistosa. ¿Qué te pensabas, que te iba a hacer un desgraciado para toda la vida dejándote en evidencia delante de todo el pueblo? Si así pensabas, no me conoces bien, Germán. El tío Melitón no es de esa clase de gente que hace astillas del árbol caído. Claro, que tienes que darte cuenta que me siento muy defraudado. Yo no viene a tu casa a robarte los jamones. Recuerda que fuiste tú el que, merced a un acuerdo y de forma voluntaria, los llevaste a mi casa en tu propio carretillo. Hasta los subiste a mi granero. Sin embargo luego volviste a entrar a escondidas... en fin que no te lo quiero recordar, pero que eso se castiga con la cárcel, Germán, con la cárcel.

El tío Melitón hizo una pausa y encendió el cigarro que se le había apagado hacía rato. Luego continuó. —Como te puedes figurar, tú no irás a la cárcel, siempre que el tío Melitón pueda evitarlo. Nada de Guardia Civil, nada de manos esposadas, nada de paseo humillante por el pueblo, nada de cuartelillo, nada de abogados, ni juicios... Sólo faltaría eso, que nos metiéramos ahora en un pleito, con las perras que eso cuesta, porque sabrás que los abogados y procuradores no trabajan gratis. Pero vamos, que no sé para qué te cuento todo esto si tú lo sabes de sobras. Mira, Germán, voy a romper el pagaré delante de ti, y no te creas que voy a aprovecharme de la situación para que me firmes otro más ventajoso. No señor.

Germán le miró como si estuviera delante de su verdugo.

—¿Y dónde está la trampa, tío Melitón?

El tío Melitón sonrió con picardía.

—Ya veo que eres listo y que comprendes las cosas. En el corrico de la Cañadilla, Germán, ahí está lo que tú llamas trampa. Ya sabes que me encuentro en una posición de fuerza, no por el pagaré que me debes, sino porque has allanado mi casa y me has robado, que es más grave. Eso se castiga con la cárcel, Germán. ¿Quieres que la Guardia Civil tome cartas en el asunto? Si interviene la Guardia Civil ya sabes que todo el pueblo se va a enterar. ¿Quieres que todo el mundo sepa que eres un ladrón? Sí, ya sé que me vas a decir que no eres un ladrón, sino que fue una cabezonada el querer recuperar algo que, equivocadamente, pensabas que era tuyo. Yo veo claramente de parte de quién está la razón, pero si tú consideras que la Guardia Civil te la va a dar a ti la llamamos y en paz. Ni tú, ni yo, que sea la Guardia civil la que decida, pero tú ya sabes cómo es la Guardia Civil, Germán, que primero te hincha la cara y luego te pregunta.

Germán temblaba de tanto oír Guardia Civil, Guardia Civil... Levantó la mirada sin fuerza y volvió a tirarla al suelo. Finalmente contestó en voz baja.

—No, la Guardia Civil no.

Era lo que el tío Melitón estaba esperando. Germán estaba a su merced.

Sacó del bolsillo un cuaderno a rayas en el que llevaba preparado un escrito que Germán debía firmar, según el cual le traspasaba la propiedad de la pieza de la Cañadilla.

Germán firmó con prisas, deseando que todo aquello acabara cuanto antes.

El tío Melitón se levantó para irse.

—Germán, ya sabes que esta noche te espero por casa.

Éste le recordó algo.

—Tío Melitón, el pagaré, que no ha roto Vd. el pagaré.

Lo sacó del bolsillo y se lo entregó en la mano.

—Rómpele tú mismo. ¡Ah!, y si alguna vez necesitas algo, cualquier cosa, ya sabes dónde me tienes.

Ya estaba en la puerta cuando se volvió, como si se hubiera olvidado de algo. Se acercó a Germán y le dijo en voz baja, casi al oído.

—¿Cómo y cuándo lo hiciste?

Como viera que Germán no contestaba volvió a repetir.

—Me refiero a lo de los jamones. ¿Cómo y cuándo lo hiciste? Sólo por curiosidad.

Germán hizo como si no hubiera oído la pregunta.

—Iré esta noche a su casa sobre las diez. Deje abierta la puerta del corral.

El tío Melitón sonrió y le contestó.

—¿La puerta abierta has dicho? No, maño. Esta vez tendrás que llamar.

